

Cuarto Domingo de Pascua B2024

Mientras los apóstoles daban testimonio de la resurrección de Jesús ante sus compatriotas, los judíos, sus fuertes palabras iban acompañadas de señales maravillosas. Así fue curado un hombre enfermo a la entrada del templo gracias a su intercesión.

Para Pedro, nuestro Señor, que fue crucificado por orden de los ancianos judíos y resucitado por Dios, se ha convertido en la piedra rechazada por los constructores y que ahora es piedra angular. No sólo Dios le ha devuelto la vida, sino que el mismo Señor da vida a todos aquellos que invocan su nombre. Es en su nombre que el hombre enfermo ha sido curado y devuelto a la vida plena.

La curación del hombre enfermo, que es sólo física, es un simbol de la salvación total que Dios tiene reservada para todos los pueblos que creen en su Hijo Jesús. Debido a que Dios Padre ha puesto todo en sus manos, de ahora en adelante nuestro Señor Jesús es alguien a tener en cuenta cuando se trata de la salvación del mundo. Por eso dice Pedro: "Ninguno otro puede salvarnos, pues en la tierra no existe ninguna otra persona a quien Dios haya constituido como salvador nuestro".

Tal declaración significa que no hay salvación fuera del nombre de Jesucristo. Jesucristo es la plenitud de la revelación de Dios al mundo. Él es la plenitud de comunicación que Dios ha establecido con los seres humanos desde la creación del mundo. Todas las demás formas de acercarse a Dios definidas en términos de las religiones mundiales son sólo intentos humanos de conocer a Dios, pero que siguen siendo imperfectos.

Sin embargo, esto no significa que los cristianos deban enorgullecerse y despreciar otras religiones. Al contrario, deben apreciar, con humildad de corazón, cualquier valor que se encuentre en estas religiones como sano e digno de alabanza, sabiendo bien que el Padre, en su misericordia y paciencia, puede llevarlas un día a la plenitud de la verdad en Jesucristo. .

Esta consideración nos ayuda a comprender por qué Jesús dice en el Evangelio de hoy: "Tengo además otras ovejas que no son de este redil y es necesario que las traiga también a ellas; escucharán mi voz y habrá un solo rebaño y un solo pastor". Si bien estas palabras de nuestro Señor nos invitan a reforzar la misión de evangelización, al mismo tiempo invitan a la tolerancia y al respeto hacia quienes no comparten nuestra fe. Es nuestro Señor quien los guiará y no nosotros; es nuestro Señor, y sólo él, quien ha dado su vida en la cruz por sus ovejas. Nuestro deber es simplemente darle testimonio y decirle al mundo que Cristo es el salvador.

Nuestro Señor no es sólo el salvador del mundo; es también el buen pastor designado por el Padre para cuidar de sus ovejas. Un buen pastor se reconoce por su diligencia en el manejo de las ovejas, su particular preocupación por el rebaño y el cuidado que tiene al proporcionar alimento, protección y tratamiento médico a cada una de sus ovejas. No deja a las ovejas vagando en tiempo de nieve, calor, lluvia o tormenta. Con un tal pastor, las ovejas están seguras, protegidas y saludables.

Nuestro Señor es este pastor que da su vida por nuestra salvación. Nuestro Señor es el protector feroz, el luchador que no deja descuidadamente a las ovejas en el desierto, a riesgo de los depredadores. Se enfrenta a cualquiera que amenace a su rebaño. Ama a cada una de sus ovejas con el mismo amor. Un asalariado, al que no pertenece el rebaño, sólo le interesa el dinero y las ventajas que puede obtener de las ovejas.

Quien tenga corazón de mercenario y asalariado se atenderá al mínimo fijado en su contrato. Quien tiene corazón de verdadero pastor no deja de considerar sus derechos, sus deberes, lo que le pide la ley, qué acuerdo le une a su señor. Su ley es una sola, es decir, su amor por las ovejas, y el amor no conoce límites, corre riesgos, acepta sacrificios y está dispuesto a sufrir por el rebaño. ¿No es así como aceptamos cualquier sacrificio por amor a nuestros propios hijos?

Entendemos por qué San Juan insiste en el amor que el Padre nos tiene al enviar a su Hijo para ser nuestro pastor y dar su vida por nosotros. Gracias a nuestro Señor, tenemos una nueva dignidad de nacimiento espiritual, compartimos una misma herencia con Él y, de ahora en adelante, somos verdaderamente hijos de Dios. Pero en la medida en que la historia humana aún se está desarrollando, en la medida en que aún no hemos terminado esta peregrinación a la tierra, la plenitud de nuestra herencia como hijos de Dios aún no se ha revelado.

Llegará un día donde todo será revelado; no habrá más barreras entre Dios y nosotros, no más separación entre él y nosotros. Ese día "seremos como él, porque le veremos tal como él es". Ese día el sol brillará para siempre sobre los liberados de las tinieblas de la ignorancia de Dios y de la perdición. Ese día la primavera durará para siempre para los liberados del invierno de la maldad y el pecado.

¡Que estas palabras de nuestro Señor nos aseguren a cada uno de nosotros la esperanza de nuestra recompensa eterna! ¡Que confiemos nuestra vida a nuestro Señor, el buen pastor que es capaz de cuidarnos más que los seres humanos a quienes confiamos ciegamente nuestra vida por nuestra cuenta y riesgo! ¡Que Dios de nuestro Señor Jesucristo nos bendiga a todos en el Espíritu Santo! ¡Amén!

Hechos 4: 8-12; 1 Juan 3: 1-2; Juan 10: 11-18



Fecha de la Homilía: el 21 de Abril 2024
© 2024 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20240421homilia.pdf